

AGÜEROS Y JAULAS CON GRILLOS EN LA RECEPCIÓN
DE UNA ANÉCDOTA CLÁSICA: EL TROPIEZO DE
ESCIPIÓN O JULIO CÉSAR DESDE *TIRANT LO BLANC*
HASTA *DON QUIJOTE*

Rafael Beltrán
Universitat de València

El discurso XVI del *Arte de ingenio, tratado de la agudeza* de Baltasar Gracián está dedicado al alarde conceptista de las por él llamadas “transmutaciones”. Las transmutaciones son definidas del siguiente modo:

Esta especie de Conceptos es de las más agradables que se observan. Consiste su artificio en transformar un suceso y convertirlo en lo contrario de lo que parece: obra grande de la inventiva y una como tropelía del ingenio (Gracián, 1998: 216).

El segundo de los tres ejemplos con que ilustra Gracián la figura de la transmutación lo protagoniza Julio César. Y podrá sorprender encontrar este mismo ejemplo encarnado casi dos siglos antes por Tirant lo Blanc en la novela de Joanot Martorell. Tirant lo Blanc se convertirá, así, a mediados del siglo XV, en protagonista dentro de la ficción narrativa de una *facecia* que cobrará pleno sentido un siglo más tarde, aunque por entonces asociada ya a un personaje histórico. El ejemplo de transmutación con Julio César como protagonista que aduce aquí Gracián, pero que también recordará –entre otros, como hemos de ver más adelante– Miguel de Cervantes en *Don Quijote*, es el siguiente:

Y aunque en este linage de Conceptos campea más la sutileza que la verdad, con todo esso se requiere algún fundamento, esto es, alguna conformidad y como apariencia con aquel otro extremo en que se transforma; de suerte que el successo tenga algún género de equivocación, y esté a dos luzes. Assí César, cayendo al saltar del baxel en África, corrigió el agüero, diciendo: “Teneote, Affrica”. No ha sido caer, sino tomar possessión (Gracián, 1998: 216)¹.

¹ También el tercer ejemplo de transmutación que aduce Gracián, relacionado ya no con el tropiezo, sino con el temblor del guerrero antes de la batalla, tiene, a mi juicio, precedentes en *Tirant lo Blanc* y en *Don Quijote* (lo intento demostrar en un trabajo complementario a éste, Beltrán [2005b]). El

En uno de los primeros capítulos de la sección africana de *Tirant lo Blanc* (cap. 301) aparece, en efecto, no sin grandes dosis de humor, el mismo motivo del augurio favorable o, si se quiere, del mal presagio roto, burlado o –por utilizar la terminología retórica de Gracián– “transmutado”. En definitiva, convertido a su favor o, como Suetonio dirá en la cita que también veremos más adelante, “omine uerso ad melius” (‘vuelto el presagio a mejor’).

Tirant ha ido durante varios días a la deriva en su nave, por culpa de haber soltado amarras en el puerto de Constantinopla accidentalmente, a causa de una tormenta. Del naufragio en la costa africana sólo sobreviven la doncella Plazer de mi Vida (Plaerdemavida), otro marinero y él. De manera que virtualmente renace en África. Su lucha contra el infortunio será laboriosa. Tirant es descubierto en una cueva por un cazador del llamado Caudillo sobre los Caudillos y entra al servicio de éste. El primer acto destacado o notorio que va a tener en tierra africana, aunque muy humano, no es precisamente el más digno para un caballero que busca rehacer su honor y fama: Tirant tropieza. Los tropiezos, como los estornudos, las ventosidades o los hallazgos inesperados al inicio del día, o al emprender un camino o una empresa, han sido siempre signo de buen agüero en la tradición folklórica. Sin acudir a esa tradición, sin embargo, Tirant quiere eliminar la posibilidad de que ese tropezón se entienda como augurio poco o nada favorable al inicio de su periplo africano (como sucede al principio, cuando unánimemente los moros presentes deducen: “Açò és hun gran mal senyal. Com aquest catiu crestià és caygut ab los braços stesos, peca serà la sua vida”). Entonces, abriendo un ancho resquicio para el optimismo, y puesto que, como dice Gracián a propósito de la caída de César, el suceso tiene “algún género de equivocación”, o está “a dos luces”, Tirant va a volverlo del revés, va a “transmutarlo”, desbaratándolo desde su misma raíz:

E volent caminar en la nit, lo cel se demostrava blau, la luna era en lo ple, que lansava molt gran claredat, que paria que fos de dia. E cessant lo vent, en aquella hora lo feren partir. E lo primer pas que donà exint de la casa, caygué tot stés ab los braços uberts e stesos. Digueren tots los moros:

—Açò és hun gran mal senyal. Com aquest catiu crestià és caygut ab los braços stesos, poca serà la sua vida.

Tirant se fon prestament levat, qui havia entés tot lo que los moros havien dit, e dix:

—No haveu levat bon juhí, car yo he nom Blanch e la luna és clara e bella, ara en aquesta hora que só caygut. E la luna resta endret del meu cap e del braços,

presente artículo pretende ampliar y matizar algunos de los aspectos tratados en parte de otro trabajo mío reciente (Beltrán, 2005a).

senyalant lo camí que yo dech fer, e no és restada atràs ni al costat. E les mies mans són restades ubertes e steses devers la luna, per què demostra que yo, ab ajuda de la divina Potència, tinch de conquistar tota la Barberia.

Tots los moros ne feren grans rialles e tingueren-ho per una burla. E tiraren son camí... (*Tirant*, cap. cccii; ed. Hauf, 2004: 1104)².

Tirant, como dice Gracián de César, “corrigió el agüero”. O, como veremos más adelante que hará Sancho Panza, deja “rompidos y desbaratados estos agüeros”. Joanot Martorell, aunque recoge fielmente el espíritu de una anécdota antigua, no mantiene la literalidad de una frase que –como también hemos de comprobar– viene al menos de Suetonio o Frontino y llega como apotegma hasta Erasmo y otros en el XVI. Pero sabe acoplar su sentido perfectamente a la situación narrativa, aprovechando –de nuevo Gracián– la “conformidad y como apariencia con aquel otro extremo en que se transforma”. Tirant, que se recupera prestamente, reprocha a los moros, quienes inmediata y negativamente han deducido del tropiezo que “poca serà la sua vida [de Tirant]”, el que no hayan sacado un “bon juhi” o consecuencia correcta de la caída. El significante de la caída es reconvertido a partir de una analogía que pone en funcionamiento el engranaje de las creencias supersticiosas en torno al astro simbólico de la religión musulmana, la luna, creencias que ni los propios moros pueden aceptar (por eso dice el narrador que a sus palabras “ne feren grans rialles e tingueren-ho per una burla”). Una vez rehecho, ese significante será aplicado a un significado radicalmente contrario al previamente extrapolado (“un gran mal senyal... poca serà la sua vida”). De ahí, la conclusión torcida, pero válida de Tirant: “... per què demostra que yo, ab ajuda de la divina Potència, tinch de conquistar tota la Barberia”. O como decía Julio César, en la versión que transmite Gracián: “No ha sido caer, sino tomar possession”.

La aplicación, a partir del siglo XV, del ejemplo pseudo-histórico de la Antigüedad a los mundos de la historia y la biografía, supone un decisivo cambio de perspectiva en las letras europeas. El ejemplo pseudo-histórico se

² La traducción castellana, publicada por Diego Gumiel, en Valladolid, 1511, dice así: “Y en la noche, queriendo caminar, el cielo se mostrava azul, la luna era llena y muy clara, que parecía ser de día, y cessando el viento en aquella hora le hizieron partir. Y al primero passo que dio saliendo de la casa, cayó estendido a la larga, los braços abiertos, e dixeron todos los moros: “–Aquesta es mala señal como este captivo christiano es caydo con los braços tendidos; poca será su vida.” Tirante se levantó prestamente y entendió lo que los moros avien dicho, e dixo: “–No sacades buen juyzio, porque a mí me llaman Blanco, y la luna es clara, blanca y hermosa en esta hora en que soy caydo; y la luna queda en derecho de mi cabeça y de los braços señalando el camino que devo hazer, y no ha quedado atrás ni al costado, y mis manos han quedado abiertas y e[x]tendidas azia la luna, por que se muestra que yo con ayuda de la divina Potencia tengo de conquistar toda la Berbería”. Todos los moros se rieron mucho, y teniéndolo por burla tiraron su camino...” (Riquer, 1990: 767).

integra en la biografía de ficción –en la que Martí de Riquer llama novela caballeresca– prácticamente al mismo tiempo que lo hace en la biografía humanista catalana. Puesto que aquí hablamos de César, hemos de tener en cuenta que en esos mismo años el rey Alfonso el Magnánimo (en cuya corte napolitana transcurrieron varios años de la vida de Joanot Martorell, cruciales para la composición de su novela) es recordado por Antonio Beccadelli, el Panormita, en su biografía *De dictis et factis Alphonsi Regis Aragonum*, portando asiduamente en sus campañas militares una copia de los *Comentarios* de César. Y César estuvo presente, por supuesto, ahora como personaje simbólico, en la célebre entrada del Magnánimo (1443), tal y como refleja el arco de triunfo del Castelnuovo napolitano. Se trataba así de resaltar los lazos con el pasado clásico, conjugando estas imágenes clásicas con otras simbólicas –como la del “Siti Perillós”– ligadas a la tradición artúrica. Por irónica que sea la reencarnación del Julio César histórico (o pseudo-histórico) en Tirant, estamos sin duda ante uno de los primeros casos de utilización de historia antigua, greco-romana, en un libro de caballerías hispánico. Martorell trataba de sintetizar en Tirant –como había hecho el propio rey Magnánimo– lo mejor del pasado romano y del artúrico, proyectando legendarias imágenes imperiales sobre su destino glorioso en la ficción.

El primer vínculo que se le ocurre al historiador de la literatura catalana (e hispánica), al hablar de pseudo-historia en el siglo xv, es el de los difundidos *Dictorum factorumque memorabilium* de Valerio Máximo, que habían sido traducidos al catalán por el valenciano Antoni Canals (1395) y es muy probable, por tanto, que Martorell conociera³. Sin embargo, no sólo nos encontramos aquí con una anécdota desvinculada de Valerio Máximo, sino que las posibles huellas del historiador romano en la novela caballeresca (Valerio Máximo, VII, 3, 9, en *Tirant*, caps. 105-07; VM, VII, 3, 2, en *T*, cap. 133; VM, VII, 4, 2, en *T*, caps. 313-15) no son nada firmes y, puesto que se trata siempre de casos de estrategias que vienen en otros textos, no se puede establecer una relación directa indiscutible entre ambas obras. Como ha confirmado recientemente Josep Pujol: “la lectura de la traducció catalana de l’obra no m’ha revelat cap episodi narratiu, o susceptible de ser desenvolupat narrativament, que es pugui relacionar de manera indiscutible amb el *Tirant lo Blanc*, i tanmateix es pot afirmar amb tota seguretat que Martorell coneixia aquesta versió...” (2002: 56).

Sin descartar de plano, por tanto, la influencia de Valerio Máximo, hay que buscar otras alternativas si queremos encontrar las raíces de la anécdota tirantiana. Es entonces cuando parece obligado acudir a otras colecciones de

³ Para una introducción a la fortuna y traducciones de Valerio Máximo en la Península, véase Avenzoa (1993 y 1994). Yo mismo me ocupé de algunos aspectos concretos de esa recepción (Beltrán, 1996 y 1997).

relatos breves; compilaciones que, como sabemos, se desarrollan en las literaturas occidentales en paralelo y a imitación de las de la literatura latina del Renacimiento, en el seno de la cual constituyen un destacado capítulo, por su interés, por su abundancia y éxito, y por la relevancia de los humanistas que las escribieron (desde Petrarca, pasando por Poggio, hasta Erasmo). Por una parte, están las colecciones de hechos y dichos, que imitaban casi siempre el canon de los *dicta* y *facta* de Valerio Máximo, aunque en ocasiones, como en la mencionada biografía de Alfonso el Magnánimo de Beccadelli, tomaran otros modelos (en este caso último, los *Recuerdos de Sócrates* de Jenofonte). Por otra parte, están las colecciones de dichos (sin hechos, o apareciendo éstos muy esporádicamente), que se solían diferenciar en dos grupos: colecciones de apotegmas y colecciones de facecias. Las colecciones de *apothegmata*, dichos breves, sentenciosos o agudos, muchas veces en boca de –o atribuidos a– personajes ilustres, seguían el modelo recopilatorio de Plutarco. En cuanto a las colecciones de *faceciae* –representadas por la primera y principal obra, el *Liber facetiarum* de Poggio (compuesto entre 1438-1452, y editado por vez primera en 1470)– integran el apotegma o dicho dentro de un breve marco narrativo, en el que se expone como agudeza con un efecto de sorpresa y gracia. Las facecias antiguas y las anécdotas modernas, atribuidas a personajes notables, pronto se mezclaron y aparecieron sin línea divisoria. Si pensamos, por ejemplo, que es el de las *faceciae*, resumido tan sucintamente, el ámbito en el que se podría ubicar la anécdota tirantiana, Joanot Martorell estaría asumiendo en ese caso una forma nueva de contar historias, recién incorporada por los humanistas italianos, y, al adaptarla a su relato de ficción biográfica como ingrediente enriquecedor, estaría experimentando con esa forma, con todos los riesgos y logros que su novedad comportaría.

Josep Pujol (2002: 9) ha puesto de manifiesto y criticado cómo durante mucho tiempo los prejuicios realistas y otro tipo de convenciones incluyeron dentro de la lista de errores o vicios de Joanot Martorell la dimensión retórica. La posesión excesiva de “saber”, es decir, de la cultura asimilada intelectualmente a través del libro, le ha gravado siempre a Martorell, por parte de la crítica –diagnostica certeramente Pujol–, con una carga que supuestamente restaba méritos a su irreprochable labor de narrador realista, novelista de acción, humor y procacidades, los a veces casi exclusivamente valorados de manera positiva.

Al situarnos, sin embargo, en contacto directo con sus fuentes escritas, se nos impone la imagen de un Martorell leído y orgulloso de sus lecturas, deudor de las ideas y los gustos de su tiempo, ambicioso en su proyecto y paciente en el trasvase de estímulos y textos desde su memoria hasta la literatura que practica. La prosa artística de *Tirant lo Blanc* reescribe

–copiando, compilando, traduciendo, citando, emulando o construyendo textos, a partir de fragmentos modélicos de otros textos–, siguiendo las autoridades doctrinales o literarias de una tradición de la que se siente heredero y partícipe.

Joanot Martorell utilizaría al menos una nada desdeñable cuarentena de fuentes cultas, fuentes evidentes manifestadas a través de identidades incontrovertibles y no por referencias a textos vagamente relacionados. Sin embargo, es difícil encontrar dentro de esa nutrida lista una fuente clásica o medieval común a Joanot Martorell y a Baltasar Gracián (y a los otros autores que comentaremos) para la transmutación a la que nos estamos refiriendo. Comprobémoslo.

Una anécdota muy parecida a la que aporta Gracián se leía y recordaba en el siglo XVI como apotegma. Así la recoge Melchor de Santa Cruz, en la *Floresta española*, II, iii, 5, dando el protagonismo en este caso a un capitán histórico castellano, García de Paredes:

Yendo a acometer en una batalla a los enemigos, cayó del caballo. Algunos mostraron no tenerlo por buena señal. Díjoles:

–No temáis, que, pues la tierra nos abraza, bien nos quiere (Santa Cruz, 1997: 66).

M.^a Pilar Cuartero y Maxime Chevalier, en su edición de la *Floresta*, rastrean el origen y fortuna del apotegma clásico, diferenciando entre la tradición de la anécdota encarnada por Julio César, a partir de Suetonio, y la de un apotegma semejante imputado desde Frontino a Escipión (Santa Cruz, 1997: 176).

La primera tradición, de donde derivarían las menciones de Melchor de Santa Cruz y Baltasar Gracián (aunque parece que por vías distintas), procede de las *Vidas* de Suetonio (*Diuus Iulius*, 59):

Prolapsus etiam [Iulius Caesar] in egressu nauis, uerso ad melius omine: “Teneo te”, inquit, “Africa”⁴.

La citan Erasmo, en sus *Apothegmata*, IV, “Julius Caesar”, 36, y otros compiladores, como Paolo Manuzio o Gerardo Tuningio. Cuartero y Chevalier comprueban que en otros textos, en la misma línea, ostentará el protagonismo el Gran Capitán (*Crónica del Gran Capitán, Memoria del reinado de los Reyes Católicos* de Andrés Bernáldez, etc.). Si la anécdota, por tanto, viene desde antiguo identificada con Julio César y continúa hasta el

⁴ Según la traducción de Rosa M.^a Agudo Cubas, en Suetonio (1992: I, 139): “... cuando al desembarcar dio un resbalón, volviendo el presagio a su favor, exclamó: ‘Te tengo África’”.

siglo XVI asociada al Gran Capitán, el caso ficticio de Tirant lo Blanc sería un paréntesis o eslabón curioso y notable.

La segunda tradición deriva de Frontino, en concreto de sus *Strategemata*, I, xii, i, y la protagoniza, desembarcando en África, Escipión, el vencedor de Aníbal (también hay una caída de César, en *Strategemata*, I, xii, ii, pero ésta no se da en África). Este segundo apotegma, que reproduce –como señalan Cuartero y Chevalier– la *Mensa philosophica*, IV, será el que figure en el capítulo de *Don Quijote* (II, LVIII) que veremos a continuación. Sin embargo, comprobaremos que, aunque Cervantes mencione a Escipión, su versión no dista apenas de las de la línea protagonizada por Julio César. Cuartero y Chevalier, en todo caso, no aluden a la anécdota tirantiana.

El episodio de *Tirant lo Blanc*, por otra parte, podría relacionarse, aunque más tangencialmente, con los ecos de otros ilustres saltos –más que caídas–, y en concreto con la anécdota atribuida a Ricardo I Corazón de León que sirve de base a don Juan Manuel para su ejemplo III de *El conde Lucanor*, “Del salto que fizo el rey Richalte de Inglaterra”. Este ejemplo deriva probablemente, como ha demostrado César Domínguez (1997), de un par de *exempla* incluidos en el sermón de cruzada 47 de Jacques de Vitry, el primero de ellos llamado “De saltu Templarii” (aunque Paolo Cherchi [1985] y David Hook [1992] señalaban un paralelo, antes, ya en Julio César, *De bello gallico*, IV, 25). Encontramos otros casos de honor especial concedido por el hecho de ser el primero en poner pie en tierra enemiga desde el mar (hay uno atribuido a San Luis), o, cómo no, por el hecho de ser el primero y más intrépido en el ataque (por ejemplo, Pero Vermúdez, en el *Poema de Mio Cid*, vv. 700-14), precedentes a veces de repertorios con situaciones bélicas semejantes⁵. Martorell podría estar parodiando la exageración de esos honores –como parodia las creencias firmes en los augurios– en el episodio del voto solemne de Tirant, cuando la Emperatriz provoca que se moje en su desembarco desde la nave de Morgana (cap. 202).

En fin, las diferencias son tantas que, de hecho, si el caso del tropezón del héroe se asociara a estos pasajes habría de ser casi como *contrafactum* del salto ejemplar del templario. Sin embargo, no perdamos de vista el hecho de que nos encontramos en un mismo contexto de cruzadas y con una misma interpretación predictiva para el protagonista: acto heroico del *miles Christi* (salto arriesgado, a caballo, al desembarcar en tierra enemiga) o acto fallido, pero realizados ambos ante un número de testigos aliados o enemigos (sarracenos), que será premiado –información que conoce el lector. Y el premio será la gloria del Paraíso, en el primer caso (“... que el rey de Inglaterra e él serían compañeros en Paraíso”), o la predicción –que será

⁵ Véase más extensamente en Domínguez (2002: 422-44).

certera— de la conquista, en el segundo (“ab ajuda de la divina Potència, tinch de conquistar tota la Barberia”).

Pero dejando aparte esta vinculación, en todo caso mucho menos directa que las primeras comentadas a partir de las citas de Melchor de Santa Cruz y Gracián, la pregunta es: ¿de dónde procedería la anécdota en *Tirant*? ¿De la tradición de Suetonio o de la de Frontino? Aunque se ha señalado a Frontino como autor probablemente conocido por Joanot Martorell (porque había traducción catalana anterior), no hay nada tampoco que confirme una lectura directa de su obra⁶. Martí de Riquer, sin entrar en la tradición posterior a la publicación de *Tirant* que estamos examinando ahora, añade otra versión de la anécdota, atribuida por Francesc Eiximenis, en el *Dotzè del Chrestia*, a otro romano:

Gal-lus Fabi, emperador dels tartres, sí feia son poder d’esquivar fetilleries e de girar en bé tots senyals qui vinguessen, car si en l’entrada de la terra que volia conquerir caigués en terra, deia que era senyal que la terra lo volia per senyor (cap. 247)⁷.

El final, “era senyal que la terra lo volia per senyor”, coincide con el del ejemplo ya citado en Melchor de Santa Cruz: “pues la tierra nos abraza, bien nos quiere”. Estaríamos ante la línea que enlaza a Suetonio con Gracián y Santa Cruz. El “uerso ad melius omine” de Suetonio, en efecto, se convierte en “girar en bé tots senyals qui vinguessen”.

Sin embargo, y pese a estos antecedentes tan notables, todo hace pensar que Joanot Martorell no acudía directamente ni a Salustio, ni a Frontino, ni siquiera a los capítulos dedicados por Francesc Eiximenis a la guerra en su *Dotzè del Chrestia*⁸, sino a algún repertorio retórico o tratado, por el momento desconocido, con situaciones bélicas, entre las que estarían, versionadas, las latinas originales. Martorell acoge del mismo modo los materiales clásicos en otros muchos casos. Al igual que sucede aquí,

⁶ Riquer (ed.), *Tirante* (1974: IV, 57, 135 y 143), descubre en él la fuente de algunas estrategias tirantianas. La confirma, en el caso de nuestro episodio, Hauf (ed.) *Tirant* (2004: 1106). Pero ya Badia (1993: 72-73) señala esa posible fuente de Frontino con toda precaución; y en la misma línea, Pujol (2002: 55-56).

⁷ Riquer (1990: 217-18). Riquer señala también el uso de la anécdota que hizo Froissart (*Chroniques*, I, c. 266, ed. Buchon, 1958, vol. I, pp. 219-220), atribuyéndola a Eduardo III de Inglaterra cuando desembarcó en Normandía. Recoge y confirma esos mismos antecedentes Hauf (ed.) *Tirant* (2004: 1106).

⁸ Pese a los varios testimonios comparativos que aporta —y que sitúan, desde luego, las famosas estrategias de Martorell más próximas a las del franciscano Eiximenis que a las de Frontino—, Riquer concluye que “no permeten assegurar que Joanot Martorell s’ha inspirat en Eiximenis” (1990: 205 y 213-18).

encontramos en otros momentos de *Tirant lo Blanc* semejanzas, pero no identidades definitivas con otras obras, como la *Década I* de Tito Livio o *La conjuración de Catilina* de Salustio. A la hora de enfrentarse y aprovechar las historias del pasado, Martorell no partiría en la mayor parte de las ocasiones de las obras originales (aunque estuvieran ya traducidas al catalán, caso de Valerio Máximo o Tito Livio), sino de anecdotarios o tratados de arte militar, que incluirían *exempla*, pero también apotegmas y *faceciae*.

La ficcionalización del apotegma históricamente atribuido a César o a Escipión anuncia de algún modo otra “transmutación” de la anécdota, la que hará siglo y medio más tarde Sancho Panza, en *Don Quijote*, II, LXXIII (y no hemos establecido el vínculo antes, porque Cervantes es, bastante misteriosamente, uno de los grandes ausentes de las citas del *Arte de ingenio* de Gracián). Hacia el final de la segunda parte, en el episodio de regreso a casa, cuando entran en la aldea, Sancho compra a un muchacho, por “cuatro cuartos”, una jaula de grillos. Es una compra con un profundo valor simbólico. Aunque algo extenso, se hace necesario reproducir todo el pasaje para entender ese valor:

A la entrada del cual [pueblo], según dice Cide Hamete, vio don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dijo al otro:

–No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida.

Oyólo don Quijote y dijo a Sancho:

–¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho: “no la has de ver en todos los días de tu vida”?

–Pues bien, ¿qué importa –respondió Sancho– que haya dicho eso el mochacho?

–¿Qué? –replicó don Quijote. ¿No vees tú que aplicando aquella palabra a mi intención quiere significar que no tengo de ver más a Dulcinea?

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino a recoger y agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho a mano salva y presentósele a don Quijote, el cual estaba diciendo:

–¡*Malum signum!* ¡*Malum signum!* Liebre huye, galgos la siguen; ¡Dulcinea no parece!

–Estraño es vuesa merced –dijo Sancho. Presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora; ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?

Los dos mochachos de la pendencia se llegaron a ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían, y fuele respondido por el que había dicho “no la verás más en toda tu vida” que él había tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho

cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mocho por la jaula, y púsole en las manos a don Quijote, diciendo:

–He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con la nube de antaño. Y, si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías, y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros (Cervantes, 1998: I, 1210-1211).

La frase “No la has de ver más en todos los días de tu vida”, escuchada al niño, es malinterpretada por don Quijote, que la aplica a la imposibilidad de volver a ver a Dulcinea. Y cuando Sancho quiere desmentir la errónea deducción de su amo, acaba de estropearlo el hallazgo inesperado de una liebre que había escapado de unos cazadores. Encontrar una liebre en esas circunstancias –independientemente de que la liebre simbolice la castidad u otras cualidades de Dulcinea, como se ha propuesto– era considerado de mal agüero⁹. Pero Sancho deshace, primero con sus palabras de pura lógica (“yo la cojo [la liebre] y la pongo en poder de vuesa merced... (...), ¿qué mala señal es esta...?”) y enseguida, además, con la compra de la jaula, el mal augurio: “–He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros”. Al poner liebre y jaula en manos de don Quijote, le demuestra que los agüeros no son – y se lo ha recordado su propio amo en varias ocasiones, como la que vamos a ver a continuación– más que “niñerías”¹⁰. De algún modo, César, Escipión, Galo Fabio, Eduardo III, Tirant, el Gran Capitán, el conde de Paredes... también han ido cogiendo liebres y han comprado, cada uno de ellos, su jaula de grillos, deshaciendo el hechizo o encantamiento de la superstición.

Sancho le recuerda aquí a su amo, al final del pasaje citado: “y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados...”. Y es que, efectivamente, el mismo don Quijote, quince capítulos antes del episodio mencionado (*DQ*, II, LVIII), arremetía contra los malos agüeros, y lo hacía aduciendo precisamente la misma anécdota que Gracián pone como segundo ejemplo de transmutación:

Llega Cipión a África, tropieza en saltando en tierra, teniéndolo por mal agüero sus soldados, pero él, abrazándose con el suelo, dijo: “No te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos” (Cervantes 1998: I, 1098).

⁹ Véase la interpretación simbólica del pasaje que hace Riley (1979).

¹⁰ Además, la jaula, modesta y pequeña, “también símbolo de Dulcinea, contrasta con las grandes jaulas vistas anteriormente, la de *DQ* encantado y la de los leones (II, 17)”, como recuerda Willard King, en su lectura del capítulo (Cervantes, 1998: II, 242).

La anécdota venía precedida de una cabal introducción de don Quijote:

... has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte, y esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos.

De hecho, y a propósito de los tropezones, Cervantes ya había mostrado a un Sancho escéptico, al cual “solo le oyeron dezir que cuando tropezaba o caía se holgara de no haber salido de casa, porque del tropezar o caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino” (*DQ*, II, VIII). No perdamos de vista que, cuando Francesc Eiximenis, en la versión citada antes, alude a Galo Fabio, recuerda la anécdota como ejemplo para ilustrar cómo el romano “sí feia son poder d’esquivar fetilleries”¹¹.

Tirant, al darle la vuelta al mal augurio, no está tan lejos de la postura de Sancho Panza. Martorell le extrae una finísima punta paródica al caso ejemplar. El narrador menciona, por cierto, que Tirant sale cuando la luna estaba crecida o llena (“la luna era en lo ple”) y el aire calmo (“cessat lo vent”), y el propio Tirant dice que “la luna és clara, blanca e bella”, lo que no deja de recordar los versos famosos del inicio del romance de “Abenámar, Abenámar...” –“estaba la mar en calma, la luna estaba crecida / moro que en tal signo nace...”–, que Riquer cree que Martorell tuvo que conocer, puesto que da el nombre de Abenámar al rey de Egipto¹². Los moros, que “feren grans rialles” de su acción, desconocen que está avalada por un suceso histórico protagonizado por alguno de los mejores militares romanos –tanto si era Julio César, como si eran Escipión o el Galo Fabio de Eiximenis–, que no

¹¹ Hauf ofrece una nueva perspectiva, al identificar esas hechicerías con la posición musulmana: “El recurs a la lluna també serveix per posar èmfasi de manera emblemàtica en el caràcter antimahometà assumit per l’heroi, el qual, amb els seus braços estesos imposa el signe de la creu damunt la terra dominada per la lluna. I quan declara que aquesta s’ha col·locat damunt d’ell, sembla emular un dels miracles atribuïts a Mahoma, ja que, d’acord amb una llegenda descrita per Eiximenis en el *Primer de lo Crestià* (c. 100), els musulmans ‘fan aixímateix seny al de luna, car aixímateix raó n’an, segons que dien, e la raó appar en ço que posen que la luna fonch fot amiga de Mahomet, en tant que s’enclinà fins a ell en terra a donar-li honor’ ” (2004: 1106).

¹² Riquer (1992: 131). Hauf (2004: 1106) relaciona, además, la alusión anfibológica al blanco con la alabanza a Tirant que ha pronunciado el Caudillo pocas líneas antes (“Beneyta sia la tua mare, qui de tan bell nom te dotà, car lo teu nom se concorda ab la tua singular perfecció”), recordando la etimología y connotaciones de “blanco” como ‘brillante’, ‘limpio’ o ‘desnudo’.

es una “burla” y que se confirmará la profecía aparentemente descabellada¹³. Si utilizáramos palabras de Sancho, Tirant está desbaratando y rompiendo el agüero. Lo hace con un efecto-sorpresa, de esos a los que ha de acostumbrarse el lector de la novela. Pero ahora sabemos que su transformación del presagio fatídico en otro glorioso se leería y aplicaría para otros casos.

Cervantes, eso sí, lleva a sus últimas consecuencias el relativismo de la postura incrédula, puesto que el agüero, pese a los esfuerzos de Sancho Panza, se cumplirá: don Quijote, como temía, no volverá a ver a Dulcinea (“No la has de ver más en todos los días de tu vida”, decía el muchacho de la jaula). Mientras Joanot Martorell elabora amplificada y artísticamente, sobre la base de una anécdota anterior, una premonición irónica y optimista –todo queda en la *facecia* y en la retórica– de la fortuna gloriosa de Tirant en África, Miguel de Cervantes facilita un último anticipo, no menos irónico, pero triste y fatalista (al regreso del héroe cansado, entrando en su aldea; no al comienzo de sus aventuras, saliendo de casa), un funesto presagio de la cercana muerte del caballero manchego.

BIBLIOGRAFÍA

- Avenoza, G. (1993). “Tradición manuscrita de la versión castellana de los *Dichos y hechos memorables* de Valerio Máximo”. In: *Actas del IV Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*. Lisboa: Cosmos: vol. III: 43-48.
- Avenoza, G. (1994). “Traducciones de Valerio Máximo en la Edad Media hispánica”. In: L. Charlo Brea (ed.) (1994): 167-179.
- Badia, L. (1993). “El *Tirant* en la tardor medieval catalana”. In: *Actes del Symposium Tirant lo Blanc*. Barcelona: Quaderns Crema: 35-99.
- Beltrán, R. (1996). “Trama narrativa y experiencia temporal: lecturas ejemplares de historias romanas”, *Diablotexto* 3: 19-38.
- Beltrán, R. (1997). “La adaptación histórica de las glosas del marqués de Santillana a sus *Proverbios* en la *Suma de virtuoso deseo*”. In: Beresford & Deyermond (1997): 49-60.
- Beltrán, R. (2005a). “Facecia, agudeza y transmutación en la figura del caballero: dos anécdotas sobre Julio César, desde *Tirant lo Blanc* hasta *Don Quijote* y el *Arte de ingenio* de Gracián”. In: Taylor & West (eds.) (2005): 53-71.

¹³ “La improvisada profecía de Tirant, és encara, una creació artística intel·ligent que dota aquest nou episodi d’un començament memorable i adequat a la misió providencial que l’heroi anuncia que acomplirà, amb l’ajuda de la Providència, a uns moros estupefactes” (Hauf, 2004: 1106).

- Beltrán, R. (2005b). "Tiemblan las carnes del valiente ante la batalla: claves caballerescas para el episodio de los requesones en la celada y el león manso (*DQ*, II, xvii)", *Letras* 50-51: 39-50.
- Beresford, A. M. & A. Deyermond (eds.) (1997). *Proceedings of the Eighth Colloquium (Queen Mary and Westfield College Medieval Hispanic Research Seminar)*. 'Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar', 5. Londres: Department of Hispanic Studies, Queen Mary and Westfield College.
- Cervantes, M. de (1998). *Don Quijote de la Mancha*, ed. Instituto Cervantes (dirigida por Francisco Rico). Barcelona: Crítica. 2 vols.
- Charlo Brea, L. (ed.) (1994). *Reflexiones sobre la traducción. Actas del I Encuentro interdisciplinar 'Teoría y práctica de la traducción' (Cádiz, 29 marzo-1 abril 1993)*. Cádiz: Universidad.
- Cherchi, P. (1985). "El salto del rey Richalte", *Modern Language Notes* 100: 391-396.
- Domínguez, C. (1997). "Materia de cruzada en *El conde Lucanor*: I. 'Del salto que hizo el rey Richalte de Inglaterra'. Una vez más sobre las fuentes del ejemplo III", *Incipit* 17: 139-174.
- Domínguez, C. (2001). *Repertorio romance de la "materia de Ultramar" hispanomedieval (siglos XIII-XV). Un estudio comparado de la literatura de cruzada*. Tesis doctoral inédita. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago.
- Gracián, B. (1998). *Arte de ingenio, tratado de la agudeza*. Ed. Emilio Blanco. Madrid: Cátedra.
- Hauf, A. (ed.) (2004). Joanot Martorell, *Tirant lo Blanch*. Valencia: Ed. Tirant lo Blanch.
- Hook, D. (1992). "The Figure of Richard I in Medieval Spanish Literature". In: J. L. Nelson (ed.) (1992): 117-40.
- Nelson, J. L. (ed.) (1992). *Richard Coeur de Lion in History and Myth*. 'King's College London Medieval Studies', 7. Londres: King's College.
- Pujol, J. (2002). *La memòria literària de Joanot Martorell (Models i escriptura en el "Tirant lo Blanc")*. Barcelona: Curial Edicions Catalanes/Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- Riley, E. C. (1979). "Symbolism in *Quijote*, Part II, Chapter 73", *Journal of Hispanic Philology* III: 161-74.
- Riquer, M. de (1990). *Aproximació al "Tirant lo Blanc"*. Barcelona: Quaderns Crema.
- Riquer, M. de (1992). *Tirant lo Blanch, novela de historia y de ficción*. Barcelona: Sirmio.
- Riquer, M. de (ed.) (1974). *Tirante el Blanco*. Madrid: Espasa-Calpe. 5 vols.

- Riquer, M. de (ed.) (1990). *Tirante el Blanco (Traducción castellana del siglo XVI)*. Barcelona: Planeta.
- Santa Cruz, M. (1997). *Floresta española*. Ed. M.^a Pilar Cuartero y Maxime Chevalier. Barcelona: Crítica.
- Suetonio (1992). *Vidas de los Doce Césares*. Madrid: Gredos. 2 vols.
- Taylor, B. & G. West (eds.) (2005). *Historicist Essays on Hispano-Medieval Narrative. In Memory of Roger M. Walker*. 'PMHRA', 16. Londres: Maney Publishing for the Modern Humanities Research Association.